

# 10

## ENTREVISTA A **Lidia Falcón**

CARMEN PEÑA ARDID

Universidad de Zaragoza

Fotografías: Carmen Peña Ardid

Lidia Falcón O'Neill, escritora y presidenta del Partido Feminista de España, ejemplifica en su larga trayectoria la confluencia del activismo y la reflexión teórica feministas. Desde su profesión de abogada, desde la militancia política, el periodismo y la creación literaria, ha combatido incansablemente la discriminación de las mujeres, partiendo de una concepción del feminismo que abarca, a su juicio, «una teoría filosófica, un movimiento social y un programa político que debe elaborar una ideología liberadora con un objetivo final revolucionario».

133

Su figura está ligada al feminismo internacional de la segunda ola y se dio a conocer en la España franquista con la publicación de dos estudios vinculados a su formación jurídica: *Los derechos civiles de la mujer* (1962) y *Los derechos laborales de la mujer* (1964). Poco después, tras superar los filtros de la censura, publicó *Mujer y sociedad. Análisis de un fenómeno reaccionario* (1969), una de sus obras más traducidas e influyentes, en la que denunciaba los mitos y normas religiosas, sociales y políticas que habían sustentado la *opresión* de las mujeres en diferentes culturas y etapas de la historia, mostrando ya el conocimiento de los trabajos de Kate Millett, Juliet Mitchell, Évelyne Sullerot o Shulamith Firestone, sin olvidar la huella de autoras españolas como María Lafitte, Federica Montseny y, sobre todo, Concepción Arenal.

La base principal de su pensamiento teórico, de raíces marxistas, quedó formulada en los dos volúmenes de *La razón feminista* (I. *La mujer como clase*

social y económica. *El modo de producción doméstico; II. La reproducción humana*), publicados entre 1981 y 1982, que la situaban en la corriente del feminismo materialista radical euroamericano (Shulamith Firestone, Christine Delphy, Colette Guillaumin, María Rosa Dalla Costa). Allí analiza las causas de la explotación de las mujeres y elabora la tesis de la mujer como clase social y económica, sometida a una triple explotación: en su sexualidad (alienada), su capacidad reproductora (expropiada) y su trabajo productivo (no remunerado) dentro del modo de producción doméstico. Paralelamente, desarrolla un profundo estudio de los condicionantes que la maternidad impone a las mujeres, dificultando su constitución como verdaderos sujetos sociales; un planteamiento muy polémico, aunque no suficientemente debatido en el seno del feminismo español, que se prolonga en su postura abolicionista respecto a la prostitución y firmemente contraria a la maternidad subrogada, dos temas que ha tratado con frecuencia, cuando reaparecen en el debate social, desde el blog del diario *Público* que escribe bajo el lema gramsciano *La verdad es siempre revolucionaria*.

En el libro *Mujer y poder político (Fundamentos de la crisis de objetivos e ideología del movimiento feminista)* (1992), Falcón reformulaba el célebre postulado de Simone de Beauvoir («No se nace mujer: se llega a serlo»), al decir, en aparente contradicción con la filósofa francesa: «se nace mujer, hay que dejar de serlo», y expone la que constituye una de sus propuestas más reiteradas —y singulares en el contexto español— como estrategia de actuación para transformar la sociedad (hetero)patriarcal: la necesidad de que las mujeres adquieran «conciencia de clase para sí» y lleguen a crear sus propias organizaciones políticas, independientes y autónomas, como condición de su liberación.

Este planteamiento ha sido siempre un punto de disensión en el ámbito español desde que se promueve en los años de la Transición política, cuando hubo debates muy intensos entre las feministas partidarias de la militancia en los partidos tradicionales (de izquierda) y el sector más minoritario de los Colectivos



Feministas que abogaba por la organización en agrupaciones autónomas que canalicen específicamente los intereses de las mujeres.

Lidia Falcón fundó, junto con Carmen Alcalde, *Vindicación Feminista* (1976-1979), publicación emblemática del periodo de la Transición que en sus tres años de existencia se convirtió en uno de los principales órganos de expresión del feminismo español del posfranquismo. Cuando desaparece la revista en 1979, creó *Poder y Libertad* (1980-1995) y la editorial —todavía muy activa— *Vindicación Feminista*, a la vez que ponía en marcha la fundación del Partido Feminista de España, legalizado en 1981, que concurrió a las elecciones europeas de 1999.

Una dimensión fundamental de la personalidad y el pensamiento de Lidia Falcón se expresará a través

de la creación literaria, donde plasma con otras claves sus inquietudes políticas y feministas. Es autora de una obra copiosa que abarca varios géneros: el ensayo ficcional (*Cartas a una idiota española*, 1974), o la novela, con casi una decena de títulos que abordan la memoria histórica, la lucha antifranquista (*Es largo esperar callado*, 1975; *Camino sin retorno*, 1992), la desmitificación feminista de la utopía contracultural (*El juego de la piel*, 1983) o el duro trayecto liberador de la subjetividad femenina (*Al fin estaba sola*, 2007). El teatro fue su primera vocación y, a comienzos de los años ochenta, promovió la Primera Muestra de Teatro Feminista en España. Como autora, ha rendido homenaje a figuras que protagonizan acontecimientos clave de la primera mitad del siglo xx (*Las mujeres caminaban con el fuego del siglo*, 1983); se acerca al «teatro de la crueldad» al tratar la respuesta activa a la violencia doméstica (*Siempre busqué el amor*, 1983), así como el tema del aborto (*Parid, parid, malditas*, 1983) o la reflexión sobre los avances del feminismo (*La hora más oscura*, 1987).

Su amplio cultivo del género biográfico es un claro testimonio de las múltiples facetas que abarca la trayectoria de Lidia Falcón en la que no cabe olvidar su activismo en la lucha antifranquista o como intercesora del feminismo en los foros nacionales e internacionales. Ha publicado varios volúmenes de memorias entre los que destacan por su carácter más íntimo y personal dos títulos —*Los hijos de los vencidos* (1979) y *La vida arrebatada* (2003)— que acogen la memoria familiar de las tres mujeres que considera un ejemplo de resistencia y compromiso: su abuela, Regina de Lamo, su tía, Carlota O'Neill, y su madre, Enriqueta O'Neill.

El 12 de junio de 2018, Lidia Falcón estuvo en Zaragoza, invitada por el Seminario de Investigaciones Feministas de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Zaragoza) y por la Librería Cálamo, para presentar el libro *Mujeres de la II República* (Madrid, Vindicación Feminista), del que es coautora y responsable de las ilustraciones, muestra de otra de sus facetas artísticas. La acompañamos en el acto las profesoras Ángela Cenarro y Carmen Peña. Fue una oportunidad para entrevistarla en torno a varios temas en los que

se implica por igual: el legado de las mujeres que se comprometieron y dejaron oír su voz en el periodo republicano y la reflexión sobre la situación actual del feminismo, su revitalización como movimiento en el espacio público, sus retos y tareas pendientes.

**En la Introducción al libro *Mujeres de la II República*, consideras que, a pesar de que existen investigaciones y reconstrucciones históricas, no se ha saldado la deuda con aquellas mujeres que defendieron los valores de la II República. ¿Crees que la labor académica no tiene suficiente trascendencia social? ¿Sirve para transmitir mejor ese conocimiento un libro como el que has coordinado?**

Eso es lo que yo pretendo y espero. En qué medida tenga éxito, ya se verá. El problema de las académicas es que están en la universidad como en un globo de cristal donde la ciencia se elabora, pero trasciende poco a la sociedad. En el caso de la investigación de química puedo entenderlo, pero en el de la histórica no. Además, las investigadoras son muy modestas, no se valoran, no veo que salgan en los medios de comunicación. Estamos en la sociedad del espectáculo. Pero los académicos y las académicas consideran que tienen otro lenguaje, otra manera de hacer; ellos no están para exhibirse por los platós de televisión. El resultado es que unos cuantos señores —siempre señores— sí que lo creen y sí que van a los platós de televisión, y las mujeres no, y cuando van (parece que esto es una condición femenina), siempre se expresan con mucha modestia y con muchas vacilaciones «porque esto no se ha investigado del todo». En algunos foros universitarios oigo discursos interesantes y muy bien documentados, pero tan aburridos que difícilmente pueden llegar al alumnado. Pienso que se necesitaría un discurso más cercano, más espontáneo, pero me contestan —desde la altura de su sabiduría—: «la academia es así: investigación, análisis profundo». Y yo contesto que, desde el siglo XIII, la universidad ha sido el foco de subversión de todos los países, incluida la época de la dictadura en España. Y me pregunto qué os pasado; desde que se ha instalado la *Pax romana* solo se habla

del plan Bolonia. No se puede entender que me digáis que la universidad solo está para hacer estudios metidos en una burbuja y que no tenéis que conectar con la sociedad y con vuestros «clientes».

**A tu juicio, el pensamiento humanístico generado en la universidad no hace mella en la sociedad...**

Si no se sabe conectar, es un problema. Yo no pretendo que en la universidad se escriban superficialidades, sino que eso que se ha escrito con tanto rigor se conozca. Si lo publicáis en revistas especializadas, ¿quién se entera? Además, eso de que se hace con rigor, vamos a matizarlo: unos cuantos; otros no difunden más que disparates ideológicos. Tenemos una supuesta «escuela» pseudohistórica, liderada por Pío Moa y otra gentuza, que está difundiendo disparates sobre la guerra civil; pero esos sí que están en los medios. De los otros se sabe mucho menos. ¿Dónde están? ¿Encerrados en sus estudios mirándose unos a otros? Veo en algunos profesores, y profesoras sobre todo, como un desprecio hacia los medios de comunicación. Como ellos son muy serios, y como los medios son muy frívolos, dicen: «yo no voy a ir a tal o cual canal de televisión a discutir a gritos...». Así se forma una elite extraordinariamente sabia, pero no se entera nadie. En cambio, los que van son Pío Moa y compañía. Hace años acuñé una expresión que parafraseaba otra de Marx sobre «la enfermedad del cretinismo parlamentario». Así hablo yo de la enfermedad del «cretinismo universitario» que significa que todo lo que no sucede en este ámbito no existe. En este sentido, el feminismo militante, que ha tenido tanta fuerza —y todavía tiene— en la universidad, ha estado matizado por las discusiones elitistas sobre el *género*, la teoría *queer*... De las mineras asturianas o de las «condiciones reales de existencia», como dice el marxismo, de muchas trabajadoras no han surgido demasiadas reivindicaciones en las facultades. A veces han tenido que ser las periodistas, que son investigadoras de otro estilo, y militantes, activistas quienes sacaran a la luz las realidades urgentes ignoradas.

**Tu implicación al escribir *Mujeres de la II República* no ha sido solo intelectual e ideológica, sino también personal, ya que tu abuela (Regina de Lamo), tu madre (Enriqueta O'Neill) y tu tía (Carlota O'Neill) formaron parte de ese nutrido grupo integrado por escritoras, investigadoras, artistas, obreras y campesinas que luchó por la construcción y defensa de la II República. Cuando te refieres a ellas como «heroínas de una epopeya», ¿es la faceta literaria y artística de tu personalidad la que reclama un tratamiento heroico, idealizado, más propio de la literatura, el cine o el teatro que de la historia?**

Introduces aquí varias cuestiones. Es indudable que cada autor metemos nuestra personalidad en lo que escribimos y en lo que pensamos. Y, efectivamente, la literatura y las artes hacen eso. Pero si alguna epopeya moderna ha habido en España ha sido la Guerra Civil. ¿Vamos a tratarla como un entomólogo analiza un insecto? Yo no soy historiadora. Si alguna vez en la historia de España las mujeres participaron con todas sus fuerzas y talentos, desde todos los estratos sociales y con todas las posibilidades que tenían, fue en este momento. Porque en la Guerra de la Independencia también tenemos casos heroicos, pero están lejos y ahora tenemos testimonios personales. Si no se escribe de ello con la admiración que se merece y resaltándolas, es una injusticia. En la parte del libro que yo escribo, hablo de los frentes de lucha de las mujeres: las que se fueron con el fusil al frente en las trincheras, las que estuvieron en las fábricas, las que cultivaron la tierra porque, si no, no se comía, las que pasaron los mensajes, estuvieron en sanidad... Y eso se ha olvidado porque no importa. Lo que me duele más es que tampoco las mujeres se hacen valer; no es que los hombres las ninguneen, cosa que «está en su naturaleza», como el escorpión, sino que ellas también se resignan o les parece bien este papel secundario y a veces olvidado, incluyendo a las profesoras universitarias.

**Como obra colectiva, el libro incluye testimonios, breves biografías (de María Zambrano, Zenobia Camprubí, Victoria Kent, María Moliner,**

Maruja Mallo, M.<sup>a</sup> Teresa León...) y varios estudios por los que desfilan los nombres de Carmen de Burgos, Matilde Landa, Juana Doña, Constanza de la Mora, Teresa Claramunt, Carlota O'Neill y muchas más. **¿Fue difícil conseguir colaboraciones para hablar de la actividad de todas estas mujeres?**

Fue un proceso realmente costoso el de conseguir las dieciséis colaboraciones, por diversos motivos. Pero me encontré además con que los grandes autores no quisieron participar; ninguno quiso. Argumentaron que tenían trabajo, pero, sobre todo, dijeron que no sabían nada de las mujeres, que de las mujeres ellos no habían investigado. Unos personajes que habían estudiado toda su vida —durante treinta o cuarenta años— la Guerra Civil, la República, ¿y resulta que no sabían lo que hacían las mujeres en esa época? Respecto al libro, es una reivindicación histórica lo que yo planteo y si hubiera críticas —reseñas— se contribuiría mucho más a la difusión de esta parcela tan importante de nuestra historia.

**Hablemos ahora del «renacer» del movimiento feminista en este último año. ¿Debe recordarse que es el fruto de un largo proceso reivindicativo?**

Ningún renacer. Esto es una equivocación. Estoy indignada porque alguien, los medios de comunicación, se haya enterado de que hay feminismo este 8 de marzo. Hace cuarenta años que venimos luchando, aunque la amnesia es permanente: podría recordarse, al menos, el movimiento que en 2014 lanzamos en toda España contra la ley del aborto del ministro Ruiz-Gallardón, que tuvo que abandonar el cargo; o la multitudinaria marcha en repudio de la violencia contra las mujeres, en noviembre del año 2015. El 8 de marzo del año pasado fue casi tan esplendoroso como este, tanto que me marché a casa pensando que la revolución no me necesitaba. Este último ha sido más, pero es la suma de todos los esfuerzos, las luchas, la propaganda y la difusión que hemos estado haciendo. De las reivindicaciones, no hemos parado. En realidad, el movimiento feminista es mucho más fuerte que el movimiento sindical y que el movimien-



137

to estudiantil (que ni se le espera) y que el movimiento ciudadano que sale de cuando en cuando.

Si se hace un rápido recorrido a la historia del feminismo español de los últimos años, se puede decir que hubo un tiempo de meseta coincidente con los gobiernos del PSOE, primero el de Felipe González y luego el de José Luis Rodríguez Zapatero, que institucionalizan el feminismo —tuvimos un Ministerio de Igualdad— y pareció que el movimiento no estaba tan activo. Algunas, sin embargo, nos hemos presentado a las elecciones por varios feminismos, aunque sin demasiado eco en nuestro país.

Lo que ha ocurrido ahora es ciertamente muy espectacular. Y ayuda el hecho de que, en EE. UU., surgiera el movimiento #MeToo, del que pronto se

hicieron eco los medios de comunicación e incluso los académicos, siempre pendientes de lo que pasa en otros países. Aburrida estoy de ver que en muchos libros universitarios sobre teoría feminista solo se cita a autoras estadounidenses y alguna vez a alguna francesa; las españolas no hemos hecho nada. Si aparece la voz de Susan Sarandon o alguna actriz denuncia los abusos que ha padecido, se produce un entusiasmo sin igual. Es la sociedad del espectáculo de la que hemos estado hablando.

**Respecto a las movilizaciones del 8 de marzo, el Partido Feminista optó por una huelga parcial. ¿Fue una estrategia, una convicción?**

La política tiene que tener una parte de realismo, de lo contrario son fantasías. La huelga general evidentemente no salió. Cuando CC. OO. y UGT se apuntan a convocar paros parciales, piensas: «ahora puede haber posibilidades de salir adelante». Estos voluntarismos triunfalistas, infantiles, forman parte de aquella estrategia que denunciaba Lenin en su libro *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, cuyo análisis de ciertas posturas de la izquierda —y su crítica a los extremistas— es absolutamente aplicable hoy. Porque el resultado, al final, de ciertos extremismos es que gana la derecha. En los meses que precedieron a las últimas elecciones en EE. UU., tuvimos una polémica horrible en el seno del partido comunista porque estaban rabiosísimas en contra de Hillary Clinton. A mí me dejó desconcertada y el resultado es que ganó Donald Trump (la derecha loca).

En España he vivido de cerca determinadas actitudes de Izquierda Unida en contra del PSOE; por ejemplo, la estrategia suicida que desarrolló a mediados de los años noventa Julio Anguita con su teoría del *sorpasso* y la creencia de que iban a superar al partido socialista; toda aquella campaña nos llevó al triunfo de José María Aznar. Cuando en política se fantasea fuera de la realidad, el resultado es una catástrofe. Ahora, en el momento actual, estamos en una línea muy peligrosa porque se han lanzado como cuervos todos los sectores extremistas contra el gobierno de Pedro



Sánchez, que no podrá hacer casi nada. Si la izquierda no tiene la sensatez de unirse, le daremos otra vez el triunfo a la derecha.

**El nuevo gobierno de Pedro Sánchez, con once mujeres y seis hombres, también es en cierto modo espectacular. En el blog que escribes bajo el lema de Gramsci *La verdad es siempre revolucionaria* has publicado el artículo «Ya tenemos paridad, ahora... feminismo» y, en él, repasas las tareas que las diferentes carteras ministeriales, comenzando por el Ministerio de Fomento, tendrían que afrontar para incluir los problemas de las mujeres.**

El gobierno me parece muy bien, aunque lo tiene difícil. No se puede esperar que haga maravillas con 84 diputados, ni puede exigírsele que promueva la revolución como pretenden algunas voces. Pero sí, en ese artículo parto de unas consideraciones que aparecieron en *El País*, sobre los ministerios y sus ministras, que no prestaban la más mínima atención a los temas que afectan a las mujeres. En lo que se re-

fiere a Fomento, solo se habla de carreteras, trenes y aeropuertos. Nunca se exige que haya inversiones en los sectores de producción donde la fuerza de trabajo femenina es muchas veces dominante: textil, química, pequeña metalurgia, farmacia, cuidados. Nunca piensan en eso. Y sería también un beneficio general. Tampoco se dice que, en un país con una población activa femenina muy baja —solo es el 54 %— resulta imprescindible el reforzamiento, cuando no la creación de una red de servicios públicos para cuidar niños, ancianos, enfermos y que no sean las mujeres las únicas responsables.

**En relación con el Ministerio de Justicia, dices que hay que ponerse a modificar la Ley de Violencia de Género. ¿Crees que está bien diagnosticado el problema?**

En primer lugar, yo no le llamaría violencia de género. Y, si no se la denomina bien, difícilmente habrá un buen diagnóstico. Es una ley absurda que distingue entre «mujeres» y «género»; las que se incluyen en esta etiqueta —las amantes y compañeras— merecen protección, las demás no. ¿Eso se puede aceptar? Por otro lado, no es una ley que sirva para prevenir ni defender en justicia a las mujeres. Ya Amnistía Internacional señaló en 2005 sus deficiencias y, desde el Partido Feminista, hemos estudiado con mucho detalle sus diferentes artículos. Hay un problema, sin duda, de aplicación, ya que el 55 % de las denuncias las archiva el juzgado sin seguir la investigación pertinente; un porcentaje alto de las órdenes de alejamiento y de protección no se conceden y, cuando se conceden, no hay un seguimiento, por falta de recursos, según dicen, aunque también falte una verdadera voluntad. Por otra parte, es fundamental invertir lo que en términos jurídicos se llama la «carga de la prueba». Son las víctimas las que están obligadas a probar su testimonio puesto que prevalece la presunción de inocencia del denunciado. Pero resulta muy difícil muchas veces porque no hay testigos ni notarios que levanten acta de lo que está pasando. De ahí que sea necesario que el testimonio de la mujer se considere en sí mismo

una prueba y que se puedan aportar además pruebas circunstanciales, como los testimonios de familiares.

Con el famoso pacto de Estado, el Partido Socialista se embarcó en pedir dinero y del Pacto lo único que reluce es que llegaron al acuerdo —parece— de que les dieran doscientos millones de euros. Se trata, dicen, de que el dinero llegue a los ayuntamientos —y el PSOE está en cientos de ellos—, lo que significa alguna ayuda para las mujeres, no digo que no, pero sobre todo significa más puestos de trabajo. Tú estableces una red clientelar interesante de asistentes sociales, trabajadoras sociales, de empleadas en centros de acogida —que son una vergüenza—, más centros de ayuda y eso te da una prepotencia... Pueden ayudar a algunas mujeres, pero, claro, consideran a las mujeres solo dignas de ayuda. Son las perpetuas víctimas, las perpetuas enfermas que necesitan médicos, asistentes sociales, casas de acogida; las meten allí, las protegen. Me parece una política horrible, horrible.

139

**¿Cuál es tu propuesta para mejorar esas políticas?**

Como he indicado, primero hay que modificar esta ley que solo beneficia a los maltratadores, dejándolos en libertad: el 30 % de las asesinadas tenían órdenes de alejamiento. Además, la ley hace a las mujeres culpables porque, si no denuncian, no tienen derecho a nada. Ahora el nuevo pacto podría establecer que podrían tener ayudas —pero siempre son ayudas, no es justicia— sin presentar denuncia. Pero ¿qué es esto de «sin presentar denuncia»? No ven que es un problema de justicia, un problema de delito. Tenemos que dar limosnas a las víctimas y los maltratadores pueden seguir libres y coger a otras mujeres. Esto no lo haríamos con una amenaza terrorista. ¿Estaría el terrorista por la calle y tendríamos a la posible víctima escondida, metida en no sé dónde y le daríamos una subvención para que se comprara pan?

Se habla todo el día de la educación, pero el aspecto jurídico —por el que empiezas a construir un Estado de derecho— es fundamental. Lo que no se puede hacer, como están haciendo los gobiernos desde

siempre, es una campaña incitándolas a denunciar y que luego esa denuncia ni prospere ni signifique protección para ellas. En cuanto a las soluciones individuales de autodefensa, no estamos ante un problema de un sector pequeñito. En un mundo como el nuestro en el que hay cinco millones de amas de casa que no tienen empleo, que no tienen dinero ni seguridad social, que no van a tener jubilación, que dependen para comer del señor con el que se han casado, ¿qué autoestima van a tener sin dinero y sin formación profesional? Y en una escuela en que a las niñas se las segrega por su belleza y los chicos siguen mostrando su virilidad, en una sociedad que está organizada de esta forma, ¿cómo se va a dar autoestima a las mujeres? Si en la universidad estáis diciendo que las profesoras no saben estar en los podios, que no saben imponerse...

140

#### **Lentitud de los avances y cambio de estructuras económicas...**

Hemos introducido caminos de mejora, sin duda alguna. Hemos conseguido que haya once ministras en el gobierno. Eso es un modelo, ¿no? También las estudiantes universitarias han llegado a ser el 58 o el 60 % en algunas carreras, aunque luego, en el mundo del trabajo, una física nuclear no lo encuentra fácilmente porque la estructura económica del país no lo permite. Y si no se cambia esa estructura, las mujeres siguen destinadas a los puestos más precarios; además, cómo se van a reproducir, cuando empiezan a tener niños, ¿quién las ayuda? ¿Es que se ha establecido una red de asistencia social de la que antes hablaba? A veces estoy cansada de seguir hablando siempre de lo mismo.

Cuando yo tenía niños pequeños —que fue hace un millón de años—, estaba en la reclamación de guarderías infantiles; hoy seguimos en la misma reclamación. Y luego no paran de hablar de la corresponsabilidad de los hombres en el cuidado —¿y qué pasa, por cierto, con las solteras, viudas, divorciadas?— porque lo que no quieren es invertir dinero en esas actividades, lo que supondría cambiar el panorama económico. Si desde el ámbito público se quisiera atender la

ratio de niños que necesitan guardería, las enfermedades mentales, los cuidados geriátricos... se necesitaría una inversión de tal envergadura que Fomento ya puede ver de dónde saca el dinero para pagarlo. Pero como hay once millones de mujeres que siguen ocupándose, en su mayoría, del cuidado de niños, enfermos y ancianos, el país funciona, si no, no funcionaría. En ocasiones, como te decía, me siento como en el día de la marmota luchando por las mismas cosas.

#### **Hay otros debates feministas y otras formas de pensar una estructura social...**

Mientras tantos problemas no acaban de resolverse, hay un sector académico que habla de la teoría *queer*, del problema de lo *trans*, que es lo que interesa ahora. Al mismo tiempo no hay niños, la natalidad española es la más baja del mundo. Luego no se pueden pagar las pensiones; los sectores de producción se han desmontado... Hay una conspiración pensada para distraernos de los grandes problemas económicos y políticos que tenemos. Si tú distraes al personal, el que piensa y estudia, en temas superficiales, aunque afecten a un colectivo cuyas reclamaciones son perfectamente legítimas, pero que, por otra parte, tienen los mismos problemas de supervivencia que los demás, también comen cada día, también tienen que encontrar trabajo, tendrán niños, padres que cuidar; si se pone el acento en los temas superestructurales y olvidas los estructurales, la lucha de clases y la lucha de las mujeres, tienes lo que el poder quiere: la debilitación de la lucha. La igualdad de salario —que se empezó a negar en la Revolución francesa—, ¿para cuándo? Pero como ya no se estila hablar ni de capital ni de lucha de clases ni de extracción de la plusvalía ni de reparto del trabajo... Voy a hablar de ello en mi próximo libro que titulo *La filosofía del engaño*.

**Desde la experiencia histórica que tenemos sobre las condiciones de acceso de las mujeres al poder cuando faltan varones o estos se encuentran en situación de debilidad, ¿crees que la presencia de once ministras en el actual Gobierno de España**



**es posible precisamente por la actual debilidad del partido socialista y del propio gobierno?**

Es interesante lo que dices y tienes razón, aunque no pueden hacerse comparaciones lineales con situaciones del pasado. Ese movimiento que explicas es exacto; cuando un sector es débil, las mujeres pueden acceder a él. La judicatura fue un absoluto monopolio de los hombres hasta que dejaron de tener impunidad. Ahora bien, hay que añadirle que en los siglos últimos ha habido un movimiento feminista importantísimo. Y este partido socialista, ya en la etapa de José Luis Rodríguez Zapatero, introdujo un gobierno paritario, y estas mujeres —feministas— vuelven ahora. Ese axioma de que las mujeres aparecen cuando los hombres no están o no les interesa es verdad. Evidentemente, en los sectores de mayor producción y dinero —la Banca— no hay más que hombres. En las fotos que tenemos de la cúpula empresarial española hay treinta o cuarenta hombres —ahora estaría también Patricia Botín—. Ocurre en los gobiernos europeos. Donde está el poder de verdad, están los hombres. Se araña un poquito. Ahora, esta participación de mujeres en el gobierno socialista está muy propiciado por la lucha del movimiento feminista en la que muchas de ellas han participado.

**Y están en ministerios importantes. En *La pasión feminista de mi vida*, tú hablas de la importancia de que la participación política de las mujeres no se limite a los temas sociales.**

Sí, es importante afianzar el feminismo político. He insistido en ello muchas veces y lo he practicado desde el Partido Feminista. Es capital entender que el feminismo tiene que estar en el poder político y no solo —como hasta ahora— en la lucha social o en la agitación callejera. Hemos conseguido muchos avances y ha llegado el momento de gobernar desde las instituciones y los poderes: los ayuntamientos, las comunidades, el Congreso... Es ahí donde la acción feminista se necesita.

Ahora hay once mujeres en el gobierno, pero su posición se inscribe en la estructura del partido socialista, que tiene sus compromisos, que puede balancearse entre las posturas progresistas y la decisión de «dejarlas para más tarde». Reclamo una participación política eficaz que nos lleve al Congreso, a las comunidades autónomas, donde nuestra voz y nuestro programa tuvieran que ser tenidos en cuenta. Para ello, el movimiento feminista, que es enorme, debería ampliar su visión política.